

ENTREVISTA A UN SEPULTURERO

- *La muerte es un tema tabú.*

No es así en mi oficio. Vivimos de la muerte y ¿quién no habla alguna vez de su trabajo?

- *Pero no es algo que nos guste escuchar.*

¿Qué pensaríamos si en una fiesta de cumpleaños un aguafiestas sacara la factura de la luz? Ya sabemos que la debemos pagar, en su momento. Pero ahora déjenos disfrutar.

- *Algunos dicen que se debe hacer de la vida una preparación para la muerte.*

Debemos prepararnos para llevar aquí, de tejas abajo, una vida digna. Y después, como dice la canción, “lo que haya de ser será”. Es morboso concentrarse en la enfermedad.

- *Sin embargo, sabemos que un día llegará la muerte “como un ladrón en la noche”, para decirlo con expresión evangélica.*

Solemos pensar que la lotería, a pesar de la incierta esperanza, siempre les toca a los otros. Claro está que en algún sorteo nos tocará sin duda el “premio” del último viaje. En realidad, nadie tiene la experiencia de su propia muerte. Vemos morir solamente a los demás.

- Los hombres primitivos descubrieron por vez primera la muerte.

Bernal Díaz del Castillo cuenta que un compañero murió de “su” muerte. O sea, de la muerte natural, aquella causada por la flecha del tiempo. Murió de viejo. Ahora bien, en la prehistoria la muerte causada por el mordisco de una fiera o la mordedura de una serpiente venenosa que produce morbidez fuesen quizás tan naturales. Digan los lingüistas si “morbidez”, “mortalidad” y “morder” proceden de una misma raíz verbal.

- ¿A qué se debe el miedo a morir?

Siempre tenemos miedo a lo desconocido y para rechazarlo imaginamos una “vida mejor”, una vida feliz en la que ya no sufriremos durante toda la eternidad. Sin embargo, aquí surge el problema de los malvados. Nosotros hemos sido buenos, nos hemos esforzado para vivir con rectitud y ahora ¿éstos van a recibir la misma recompensa que nosotros? No es justo. Si se escapan de la justicia en este mundo debe existir un infierno en el más allá.

- ¿Debemos afrontar la muerte con una resignación estoica ante lo inevitable?

La muerte interrumpe nuestros proyectos futuros. ¡Nos queda tanto aún por hacer! A medida que disminuyen nuestros deseos se tolera mejor la idea de la muerte. La naturaleza es sabia. Si conforme pasan los años, en vez de crecer los males, aumentase nuestra vitalidad, ¿quién no le diría a la Parca, como los niños que no quieren irse a la cama: “por favor, déjame cinco minutos más”?

- Qué opinión le merece aquel pensamiento de Epicuro sobre que no debemos temer a la muerte, pues cuando nosotros estamos ella no está y cuando ella está nosotros no estamos.

Esta idea expresa el rechazo a una vida tras la muerte: “nosotros no estamos”. En suma, después de la muerte solamente existe la nada. Eso de

que la “nada” exista es una contradicción. De la nada no puede salir nada. De ahí que pensemos en una sustancia eterna, Dios o Naturaleza. Según los materialistas, tras la muerte el hombre se reintegra a la naturaleza. La tierra vuelve a la tierra.

- ¿Y qué idea tiene el hombre primitivo de la muerte?

El hombre primitivo es “espiritualista”. De no ser así no tendrían sentido los túmulos funerarios, el culto a los antepasados. Los fantasmas son la expresión de esa creencia en que sobrevivimos. La asociación entre el sueño con la muerte y el despertar con la resurrección tuvo que ser temprana. Los vivos “protegen” a los muertos de los ataques de las fieras y de las aves carroñeras. De aquí que se les entierre o se les metan en cuevas.

-La Iglesia siempre ha antepuesto el enterramiento a la incineración.

El profeta Ezequiel tiene la visión de la resurrección de la carne. Ciertamente es mucho más fácil imaginar la resurrección si los esqueletos se recubren de músculos para levantarse en pie. ¿Cómo se puede imaginar que el polvo de unas cenizas forme células, tejidos, órganos, aparatos, etc.? El enterramiento preserva el andamiaje para la resurrección.

- Sin embargo, en nuestros días se impone cada vez más la incineración.

Dejando aparte que el fuego es sagrado, purificador, existen dos clases de motivos para la incineración: uno es de carácter psicológico, individual; otro de carácter colectivo, económico. El hombre, incluso quien no cree en la otra vida, teme estar “enterrado” a pesar de no ser ya nada sino huesos. La incineración es una garantía. No tendría angustia de estar “enterrado” en las cuatro paredes de su casa, con una puerta, por si acaso hay resurrección.

- ¿Y el otro motivo?

Las grandes bibliotecas ocupan demasiado espacio, las memorias de los ordenadores solucionan este problema de almacenamiento. De la misma manera los muertos crecen, ocupan un espacio creciente en unas ciudades cada vez más pobladas. Esa falta de terreno se compensa con los columbarios.

- El hombre oscila entre el “carpe diem” y el “memento mori”.

Una sociedad que vive en el presente, en el gozo del momento, es una planta sin raíces; pero vivir en el pasado es también matar el crecimiento natural de la vida. La tradición tiene que equilibrarse con el progreso. Existe un eslabón generacional entre abuelos y nietos. Ahora bien, como dice Schiller, “los vivientes siempre tienen razón”. Aunque sólo sea porque los muertos no pueden levantarse para contradecir.

-La Iglesia representa claramente ese culto a los antepasados y la salvación futura.

Sí, esa tradición religiosa hace que nos acordemos comunitariamente de nuestros familiares muertos y les llevemos flores en todos los santos. Tienen su lugar en el calendario. Y en un mundo secularizado se han inventado los “día internacional de ...”. Algunos, como la exclusión de la pobreza, son serios; otros banales y ridículos como “el día internacional de la tortilla de patata”. Precisamos jalonar la vida: centenarios del nacimiento, centenarios de la muerte, etc. El número tiene algo de sagrado.

- Para no ser filósofo, entre entierro y entierro ha tenido bastante tiempo para pensar.

Decía León Felipe que para enterrar a los muertos cualquiera es bueno menos un sepulturero. Según el poeta, habituados a la muerte, cantamos alegremente entre palazo y palazo. Y añadía: “no sabiendo los oficios los

haremos con respeto”. Mi oficio no es pensar y por eso he procurado hacerlo con el mayor respeto sobre la materia que mejor conozco. También se piensa con las manos.

Pablo Galindo Arlés

11 de julio de 2022

